

LA ILUSTRACION PERIODICO UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 6.—TOMO I.—SÁBADO 17 DE ABRIL DE 1849.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y Estranjero: Año 80.

HISTORIA DE LA SEMANA.



EDÚCENSE los actos del gobierno de interés general, publicados esta semana en la *Gaceta*, á unas instrucciones que deben observar los gefes políticos y alcaldes en la adopción de disposiciones gubernativas para contener ó minorar los efectos del cólera morbo asiático, á un decreto sobre organizacion de las escuelas normales de instruccion primaria, á dos reales órdenes prohibiendo la salida á Ultramar de los mozos llamados al servicio de las armas y alimento de los mismos, y á tres partes del ejército de Cataluña detallando otros tantos encuentros de poca importancia, con las facciones.

En el Senado se ha aprobado el dictamen sobre pensiones, á consecuencia de las sublevaciones de Madrid y Sevilla

globo, ha absorbido completamente la atención de todos: de él vamos á ocuparnos con la detencion debida.

En tanto que recibimos los detalles y dibujos necesarios para consignar en nuestras columnas los pormenores de la batalla de Novara, en que se ha decidido la cuestion italiana, tomamos de *El Constitutionnel* del 29 los siguientes párrafos que se atribuyen á la pluma de M. Thiers, y que forman la relacion mas clara y mas interesante que de este suceso hemos encontrado.

»Turin, así como Milan, está en la orilla izquierda del Pó: veinte y cinco leguas y dos grandes rios separan á las dos capitales. Estos rios son el Sesia, que se une al Pó cerca de

Casal, y el Tessino, que sirve de límite al Piamonte, y desemboca en el Pó en Pavia: ambos rios bajan de los Alpes, y corren paralelos entre sí. En la estrecha lengua de tierra comprendida entre el Sesia, el Tessino y la orilla izquierda del Pó, es donde ha pasado esa corta y decisiva campaña.

»Si se tira una línea recta desde Turin á Milan, esa línea cortará el Sesia en Vercelli, encontrará á Novara y á Treceate entre los dos rios, y cortará el Tessino en Buffalora. A lo largo de esta línea recta estaban escalonadas cuatro divisiones de las seis del ejército de Carlos Alberto. La reserva se hallaba en Vercelli con el duque de Saboya, una division estaba en Novara, el cuartel general en Treceate, el duque de Geno-



CARLOS ALBERTO.



EL ACTUAL EMPERADOR DE ALEMANIA.

en el año último, y se han presentado un proyecto de ley para proceder de acuerdo con la Santa Sede á un arreglo general del clero, y otro de travesía por los pueblos de los caminos principales. El Congreso se ha ocupado de los dictámenes de la comision de peticiones, y del proyecto de ley de enjuiciamiento para los casos en que el Senado se constituya en tribunal.

Un solo acontecimiento ha preocupado esta semana la curiosidad pública, la derrota de Carlos Alberto y del ejército piamontés; este suceso de tanta importancia é influencia, atendido el estado de Europa, y aun pudiera añadirse del

Segunda edicion.

va en Buffalora, habiéndose adelantado de este punto la vanguardia que estaba ya en Magenta, á cinco leguas de Milan, antes que Radetzki hubiese hecho un solo movimiento. Una quinta division, la del general Ramorino, estaba destinada á guardar el curso del Tessino y ligaba al grueso del ejército la division del general Durando, que siguiendo la orilla izquierda del Pó observaba á Pavia, adonde Radetzki llegaba el 21 con 5,000 hombres, y donde concentraba sus tropas.

Al degar á Pavia subió Radetzki por el Tessino arriba hasta Vigevano, donde se encontró con la division de Ramorino, y donde atravesó el rio con todo su ejército, arrollándolo todo delante de sí por la inmensa superioridad de sus fuerzas, arrojó la division Ramorino á la derecha hacia el grueso del ejército piemontés, y la division Durando á la izquierda hacia el Pó, y tal vez mas allá de este rio, adelantándose sin obstáculo hasta Mortara, donde se encontró el 23 delante de Vercelli, es decir, frente á frente de la reserva piemontesa.

A consecuencia de esta marcha atrevida, Radetzki no habia dispersado solamente una division piemontesa y aislado completamente otra division, sino que se encontró mas cerca de Turin que Carlos Alberto, del mismo modo que Carlos Alberto se encontraba mas cerca que él de Milan; pero Radetzki tenia su ejército intacto, y á Carlos Alberto le faltaba la tercera parte del suyo. ¿Qué debería hacer, pues, Carlos Alberto? ¿Lanzarse en persecucion del general austriaco y darle una batalla entre Milan ó Pavia y con el Tessino á la espalda? Este partido era estremadamente peligroso, porque su derrota habria sido el completo exterminio del ejército piemontés. ¿Debería seguir su movimiento sobre Milan y dejar abierto el camino de Turin? Esto era entregar su reserva, sus refuerzos, todos sus recursos; era entregar su reino.

También se ha visto al ejército piemontés retroceder súbitamente todo el largo de la línea que habia seguido; volver de Magenta á Buffalora, de Buffalora á Trecate, de Trecate á Novara, donde volvió á establecer el 23 el cuartel general. Hasta aquí llegan nuestras noticias.

Parece que durante esta jornada del 23, el duque de Saboya marchó de Vercelli sobre Mortara para ver si conseguia poner en retirada á los austriacos y para dar al grueso de las fuerzas el tiempo de colocarse entre Novara y Vercelli. A pesar del valor de los piemonteses y del ardimiento heroico del duque de Saboya, que cargando á la cabeza de sus tropas recibió un lanzazo y tuvo atravesado su uniforme de 17 balazos, un encuentro entre fuerzas tan desproporcionadas no podia ser favorable.

Al siguiente día 24 abandonó Radetzki á Mortara para dirigirse á Vercelli y Novara. Allí encontró al ejército piemontés, y entonces ocurrió la batalla de que solo conocemos las funestas consecuencias. El ejército piemontés fué arrojado hacia Borgo-Manero y Biella, es decir, hacia las vertientes del Sessia. Radetzki ocupó á Novara, Vercelli y Trino; esto es, se dirigió hacia Turin. El cuerpo diplomático se dirigia á buscarle en Cibasso para proponerle un armisticio. Treinta leguas de terreno y un ejército victorioso separan ahora los dos restos de las fuerzas piemontesas; es decir, que la campaña está terminada.

La carrera política de Carlos Alberto ha concluido después de este último y decisivo revés; así lo ha comprendido él mismo, puesto que ha abdicado en favor de su hijo primogénito. No queda ya á los piemonteses otro deber ni otra salvación que agruparse en torno del duque de Saboya, hoy rey, que ha hecho todo lo que se podia exigir de un príncipe y de un soldado, y salvar con él la integridad del Piemonte.

Hasta aquí el ilustre historiador: por nuestra parte añadiremos que se calcula en 60,000 el número de hombres que han concurrido por cada uno de los dos campos, con numerosa caballería y grandes trenes de artillería, y que se asegura que Radetzki, que tan notable triunfo ha dado á las armas del joven emperador de Austria, no ha marchado directamente sobre Turin sin inutilizar antes del todo el ejército enemigo.

Novara, capital de la provincia de su nombre, es una ciudad de 18 á 20,000 almas, asentada en una inmensa llanura que rodean los rios Agnà y Tessino, que descendiendo del lago Mayor van á desaguar en el Pó, cerca de Pavia. Mas al Oeste corre en la misma direccion, bañando los alrededores de Vercelli ó Vercelli la Sessia, que también pierde su nombre en el Pó. Novara tiene para su defensa un castillo y algunas otras fortificaciones muy antiguas. Por ella pasa el magnífico y portentoso camino llamado del Simplon, una de las obras en que Napoleon demostró mas, la fuerza y grandeza de su genio.

En estas llanuras se ha dado la batalla el 24, en la cual segun el parte telegráfico, perdieron los piemonteses 10,000 hombres, entre ellos dos generales, viéndose precisados á retirarse al amparo de las montañas de Biella y Borgo-Manero, que son ya estribos de los apeninos, por la parte del Cran San Bernardo y fronteras de Suiza. Las mismas llanuras de Novara y de Vercelli que ahora han sido teatro de la derrota de los piemonteses, lo fueron igualmente en los tiempos de la dominacion romana de la de los cimbras por Mario.

El rey Carlos Alberto salió de Turin para la guerra de Lombardia el 14. Seis dias después; el 20, pasaba el rio Tessino por el puente de Buffalora, y dejando acantonada la division de su hijo el duque de Génova, en Magenta, se situaba en Trecate. El 21 y 22 debió andar por las inmediaciones de Mortara y Vigevano, para encontrarse el 24 en la batalla de Novara.

Desde el último día el destronado rey ha viajado con una celeridad que apenas parece creible. El 26 á las once de la mañana estaban en Niza, es decir, á unas sesenta leguas del teatro de sus desastres; en aquel mismo día atravesaba la frontera francesa por el puente del Var, y llegaba á Antiles. En Bayona entró el 1.º por la noche y al siguiente día por la tarde ya se encontraba en San Sebastian, de donde na pasado á Valladolid de tránsito para Lisboa.

Resultado de todos estos pormenores, que S. M. Sarda ha andado en el breve espacio de 8 dias mas de 260 leguas.

La resolución de la seccion de negocios extranjeros de la Asamblea nacional francesa, se reduce á declarar que todo lo que la Francia quiere y puede, es que el Piemonte no sea desmembrado.

Las últimas noticias tienen la mayor importancia. El armisticio celebrado entre los ejércitos piemonteses y austriaco, y la entrada del nuevo rey en Turin, son las mas importantes. Las condiciones impuestas por el mariscal Radetzki, y aceptadas al parecer por el gobierno sardo, con la mediación de

los ministros de Francia é Inglaterra, se reducen al pago de gastos, y á la ocupacion de Alejandria por tropas austriacas y piemontesas.

De la batalla de Novara no tenemos todavía pormenores exactos, parece que hubo en la corta y desgraciada campaña del Piemonte, tres circunstancias deplorables, cada una de las cuales basta por sí sola á concluir con el mejor ejército: traicion, ineptitud y cobardia, como lo prueba el fusilamiento supuesto de Ramorino, la estensa línea de operaciones, la division del ejército sardo por el austriaco, y la conducta de los lombardos. Hasta ahora nada afirmamos: únicamente nos referimos á la correspondencia, cuya veracidad no podemos garantizar.

La comision de negocios extranjeros y el gobierno francés estaban decididos, segun se infiere de los diarios de París, á ocupar militarmente en caso necesario, uno ó dos puntos de la alta Italia. La noticia del armisticio cambiará tal vez su resolución.

A las fechas de la carta de Turin el mariscal Radetzki no habia entrado aun en aquella capital: al cabo entró al día siguiente, á pesar de las gestiones de los ministros de Francia y de Inglaterra. La mision de estos dos diplomáticos no por eso ha dejado de producir grandes resultados la gran masa del ejército austriaco ha quedado en la orilla del Sesia, á unas doce leguas de Turin, entre Novara y Mortara, los dos principales campos de batalla de esta rapidísima campaña.

FRANCIA. Serios temores ha habido en París en los dias 26 y 27, de que se alterase la tranquilidad pública, pero las disposiciones adoptadas por la autoridad, hicieron desaparecer la alarma. Con este motivo y á causa de los rumores esparcidos contra el gobierno por los periódicos democráticos, ha determinado aquel formar sumaria, en la que serán interrogados los principales redactores, para que manifiesten el fundamento de semejante voz.

La Asamblea terminó el día 24 la discusion sobre la ley de clubs, y su tercera revision no podrá tener lugar segun reglamentos hasta pasados cinco dias. La causa de estos temores que hubo en París, se achaca á esta votacion. En el mismo periódico se dice, que el Consejo de ministros se ocupa de la cuestion de intervencion, pero parece que la mayoría se ha pronunciado en contra de una manera muy terminante.

La Asamblea continúa ocupándose del examen de presupuestos de obras públicas, en el que parece que ha hecho algunas; acordando en la sesion celebrada el día 26 que la asamblea tratara en adelante cuatro dias de la semana de la revision de presupuestos.

La Tribune des Peuples, anuncia que el gobierno ruso ha pasado una nota á los embajadores de las potencias europeas, para que coadyuven á la pronta pacificacion de la Europa.

El general Radetzki mandó á París al caballero Hubner, para manifestar al general francés las condiciones de paz que el Austria pensaba imponer: llegó á París el día 27 y el 28 fué recibido por el presidente de la república. Las únicas condiciones que el Austria exigia al Piemonte para la paz, eran el mantenimiento de los tratados de 1815 y la indemnizacion de los gastos de guerra.

Las potencias mediadoras, se pusieron de acuerdo para no considerar la ocupacion momentánea del Piemonte como un *casus belli*.

El día 28 se celebró en París consejo de ministros, en el se decidió que solo en caso de que el gobierno austriaco trate de abusar de la ocupacion del Piemonte, intervendrian los ejércitos franceses para asegurar la integridad de la Cerdeña. El giro que repentinamente han tomado las cosas de Italia, hace ya inútiles estas prevenciones.

El despacho leído en esa sesion por M. Druyn de Lluys, ministro de negocios extranjeros, confirma todas las noticias antecedentes. El nuevo rey, Victor Manuel, antes duque de Saboya, habia entrado en Turin el 26. Se han acordado ademas otros puntos que, empezando por la amnistia, deben considerarse como precedentes para el arreglo definitivo.

PRUSIA. Interpelado el ministro de negocios extranjeros por el conde Dyhon acerca de la política que el ministro se propone seguir respecto del Austria, y con referencia á la nota que el gobierno prusiano ha pasado al poder central, contestó el ministro que no era el objeto de la nota subordinar la Prusia al Austria, sino que el gobierno imperial alternaria en una y otra con entera independencia.

La segunda cámara continúa la discusion del discurso de contestacion al de la corona, y se proponia examinar con toda madurez las leyes orgánicas y presupuestos contenidos en el párrafo 4.º Este párrafo fué adoptado con todas sus enmiendas. También lo fué el 5.º relativo al ejército, y en el curso de la discusion manifestó el señor ministro de la Guerra que á la buena disciplina del ejército y á la moralidad de sus oficiales se debe el haber resistido á la seducción con la fidelidad que lo ha hecho. Pero la noticia mas importante es la siguiente:

Pendiente aun de negociaciones la cuestion del Piemonte surge ahora una nueva cuestion sumamente grave en Alemania. La Dieta de Francfort, volviendo de su primera resolución sobre la mocion de M. Welcker, ha proclamado al rey de Prusia emperador de Alemania. Aunque el rey de Prusia no acepta la corona que se le ofrece, esta será siempre una verdadera complicacion para la Asamblea. Bueno es sin embargo observar que la misma critica posicion en que la alemania coloca al Austria, debe considerarse como una nueva garantía de su moderacion en los asuntos del Piemonte.

De la justicia en las islas Sandwich.

Voy á hablar únicamente de ciudades en donde no ha enarbolado aun la civilizacion su pendon regenerador, en donde se conservan las costumbres tradicionales con su antigua energía, en donde el hombre nacido sobre un suelo de lava y de materias inflamables rechaza nuestros usos, en donde vive de la propia suerte que han vivido sus padres; libre, independiente y fuerte. Allí es sin duda alguna donde son mas fértiles los estudios; allí es donde la mente y el corazon se hallan gravemente ocupados; allí es donde se desarrollan los panoramas con una majestad imponente, incesantemente modificados por las flagelaciones de las ráfagas,

por el furor de los volcanes y por el de los naturales tan violentos como todas las agitaciones atmosféricas.

Quiero conducir á mis lectores á aquella isla manchada de sangre en donde murió Cook, uno de los mas grandes marinos de los tiempos antiguos y modernos... La travesía es corta: nada mas hay que atravesar el Atlántico, doblar el cabo de Hornos y surcar el grande Océano del Sud-este al Nord-oeste; tres cimas imponentes se destacan de entre las olas: el Mowna-Kah, el Mowna-Boah y el Mowna-Laé... Hé aquí la rada de Kara-kakooad; cae el áncora, muere un fondo peñascoso; y el que así lo desea descansa, y el que no penetra por aquellas tierras para satisfacer en ellas las verdaderas emociones del viajero.

Dejemos desde luego los caprichos, las decepciones, las cosas que nacen la víspera y mueren al día siguiente. Leamos el código del país, no un código escrito, meditado, sino hábitos consagrados por los siglos que han pasado por cima de ellos sin destruirlos.

Y bien mirado, ¿qué otra cosa es la justicia? Yo desafío al lejista ó al filósofo á que resuelvan lógicamente la cuestion. La justicia tiene mil maneras de revestirse y de presentarse; lo que es aquí justo, es injusto mas allá; es impalpable como la brisa que pasa, como el pensamiento que cruza por la mente.

En Rusia, la justicia es el Knout; en Inglaterra, la cuerda; en Persia, el palo; en el Saarah, el yatagan; en Constantinopla, un saco de cuero y las aguas del Bósforo; en Francia, un triángulo de acero; en Viena, una volanta, un hombre; en España, una balanza... Hé aquí algunos actos de justicia de las islas de Sandwich: el pormenor de los detalles sabido es que constituye la historia.

—Es delincuente en aquel archipiélago el que penetra en un lugar *tabou* (sagrado) sin el permiso del gran sacerdote.

—Se considera como culpable el que ha sido sorprendido en conversacion criminal con la mujer de un jefe.

—Cuando se huye en medio de una batalla.

—Cuando no se sabe maniobrar una piragua entre las rompientes.

—Cuando, finalmente, se ha escupido sin autorizacion en una de las calabazas en que se prepara el alimento de una de las favoritas del rey.

En cuanto á los castigos, son modificados, segun la voluntad del monarca que, muy pocas veces, cede de su rigor: las circunstancias atenuantes son allí miradas como actos de debilidad indignos de la soberanía.

El ladrón, el impostor, el que no cultiva su campo de *tars* (*tacca pinua tiffa*), es asimismo culpable á los ojos del legislador; pero únicamente se le imponen ligeras multas; y en caso de pobreza paga por ellos un nuevo robo á la generosidad de un vecino.

Después de la huida en el combate, lo cual se castiga con la muerte sin esperanza de gracia, el crimen menos irremisible es la violacion de un lugar *tabou*, de un cementerio por ejemplo. Esto consiste en que los lugares del reposo eterno no se hallan, por decirlo así, cubiertas de estatuas colosales de reyes ya muertos; en que los súbditos reconocidos van durante el día á hacer á sus príncipes presentes de frutas, de armas, de hojas de papiro, y en que se deslizan los sacerdotes furtivamente por la noche, en aquellos *morai*, quitando las ofrendas hechas á los muertos, y hacen creer al día siguiente al pueblo ignorante que las almas de sus antiguos reyes son muy felices con la gratitud de sus nuevos súbditos. Generalmente se cree en todas partes que los sacerdotes viven del pie del altar: en Sandrich, viven del cementerio.

Por lo demas, hé aquí cuál es el castigo del culpable: hállase colocado un caballete cortante delante de la puerta del *morai*; el instrumento, sostenido por cuartizos, está á la altura del pecho y cubierto por un pedazo de tela matizada de diversos colores. En cuanto llega el paciente, quitase la tela á una orden del sacerdote, en tanto que dos ejecutores, el uno delante del culpable y el otro detrás, se preparan á llenar su deber. La mano del sentenciado se halla colocada sobre el caballete, á la altura de la seccion de los dedos, el verdugo que está colocado delante de él se le ve armado de un mazo de madera dura, el que está detrás de un sable levantado ya. Bajo la pena de un doble castigo, el pobre paciente no debe cerrar los ojos; déjase percibir un golpe de tam—tam, cae el mazo: la mano es dividida en dos; y si, vencido por un sentimiento de terror ó de dolor anticipado, esquivaba el culpable el golpe, el verdugo colocado detrás hace su oficio... y rueda una cabeza hasta el suelo.

Yo he asistido á una de estas ejecuciones, en presencia del gran sepulcrode Tamamah I; solicité gracia para el culpable y se rieron de mi bondad calificándola de vergonzosa debilidad; pero al día siguiente, fué arrojado por las olas á la playa el cadáver mutilado de un sacerdote, y la familia del ejecutado se habia huido al interior de la isla....

En Sandrich, he dicho que, se castiga al que no sabe gobernar una piragua en medio de las rompientes ó en el furor de la tempestad. En estecaso, es conducido al culpable á la playa, y espuesto durante todo el día á los rayos de un sol vertical: la multitud lo abruma á sarcasmos, y yo no aconsejaria á nadie que corriera en su auxilio á no ser que se hallara resuelto á sufrir un castigo semejante. Diremos si, en alabanza de los habitantes de Sandwich, que este castigo es uno de los que mas deshonran, puesto que indica que los brazos, el cuerpo y la inteligencia del conde nado no son de utilidad alguna al país que lo ha visto nacer.

Yo vi á un gallardo joven de cerca de seis pies, cuyo dilatado pecho abrasaba el sol, tratar de huirse al dolor arrojándose á nado, á quien mataron en el medio de las olas, de donde no pudieron hacerlo salir las órdenes de Riou-Riou.

Tamamah I habia borrado este castigo de su código verdaderamente paternal; pretendia que todo natural de Sandrich debía saber guiar una piragua sencilla ó doble, y no miraba el robo sino como una falta ligera, atendiendo á que solo la necesidad obligaba á cometerlo; pero su hijo Riou-Riou habia querido mantenerlo como un recuerdo de lo pasado y hé aquí por qué:

Un día que este príncipe, cuyos frecuentes apretones de mano me originaron una sarna, quiso entrar en el palacio de Tamamah I; este, viéndole borracho é inmodesto, le impelió con el pie hasta la playa, maldijo el lugar ocupado por el cuerpo y, durante el espacio de ocho horas, se vió entregado el delincuente á todo el rigor de una temperatura contra la cual eran impotentes protectoras la sombra de las cañas y las olas del Océano.

Vése en esto cuán ruin era la lógica de Riou-Riou; con-

servaba en su código un castigo cuyo solo recuerdo hubiera debido avergonzarle: Riou-Riou murió de embriaguez en Londres ya hace algunos años, y Kraco-Mouko, que le sucedió bajo el nombre de Tamahamah III, no ha abolido el suplicio tan grato á su predecesor.... Por lo tanto ya pueden adivinarse los gustos y hábitos del monarca reinante.

—Hé aquí, sentado apaciblemente ante su casa, un hombre cubierto con una ancha pieza de papiro, teñido de azul. Es ciego, y apenas se distingue una ligera cicatriz por debajo de su párpado inferior. ¿Qué es lo que ha hecho? Hámlo sorprendido *in fragante delicto* con una de las mugeres de Riou-Riou. Me han enseñado á la cómplice, según mi opinión había sido merecido el castigo. El suplicio tiene lugar de esta suerte:

Se llama al verdugo, auxiliándole dos ayudantes en tan difícil operación: estos tienen con respecto al culpable, en tanto que el primero, sacudiéndole fuertemente con el dedo pulgar en el ojo, introduce el índice en la cavidad y arranca la pupila de su órbita.

Pregunté á Koerani la causa de su ceguedad, que ya sabía de antemano; el malaventurado me la contó sonriendo y pronunciando el nombre de Riou-Riou con un desprecio que no pro uraba disfrazar. En cuanto á la muger del monarca, verdadero hipopótamo, la dejaron sana y salva; y á mi parecer, obraron bien, jamás probó nadie hasta ella á qué grado de heroísmo puede arrastrar la pasión al hombre mas pusilánime.

Tamahamah I, apellidado el Napoleón de la mar del Sud, era un gran rey. Tal lo atestiguan muchos de sus actos, con los cuales podría muy bien honrarse un monarca europeo; y si la muerte no hubiera venido á detenerlo en medio de sus sueños brillantes de civilización, no serían hoy las islas de Sandwich tributarias de la Gran Bretaña, ni se hallarían sometidas á la autoridad de algunos ministros anglicanos, vieniendo perezosa y desordenadamente allá en la ciudad de Onouloulou, que ellos han convertido en un verdadero paraíso terrenal.

Acababa el rey de Aloaí de levantar el estandarte de la rebelión. Tamahamah se puso irritado, y armó sus dobles piraguas; parte, y lega furioso á la vista de Aloaí que tiembla aun en sus soledades mas profundas.

No obstante, se trabó el combate: Tamahamah, siempre el primero en la pelea, mata y hiere. Detiene al vuelo la zagaya (1) que le arroja, y la devuelve vibrando contra un pecho enemigo. Todo huye á su inmediación. Pero, cerca de él, uno de los gefes, horrorizado de la carnicería, vuelve la espalda, y abandona vergonzosamente el campo de batalla. Tamahamah no tarda en reunirsele:

—¡Cómo! ¡tú lejos del peligro! le dice con voz amenazadora, ¡tú á quien he nombrado *orau* (gefe), tú á quien siempre he celebrado como uno de mis mas valientes oficiales!... ¡Oh! pero esto no es posible, y cerca de ti debe de haber un cobarde que te arrastra á la ignominia. Tu alma es la misma, estoy seguro de ello, tu valor el mismo, la misma tu decisión; únicamente tus piernas son las que han flaqueado... solo ellas son culpables, solo ellas serán castigadas.

Y de un solo tajo cortó Tamahamah las piernas de Koai-kini, á quien hasta entonces había llamado su hermano.

En las islas de Sandwich se estrangula á ciertos culpables, por ejemplo, á los que ultrajan por un acto cualquiera á una de las mugeres del rey.

Hoy día se puede *galantear* impunemente la muger de un jefe. Tamahamah III no impondrá por ello castigo alguno: casi siempre perdona en los demás los vicios con que se degrada. Pero el gran rey, su abuelo, era menos tolerante, y otra mañana en que su hijo se presentó delante del palacio tambaleándose, el monarca furioso le dió con el pié, lo anodó bajo el peso de su cólera, lo espelió ignominiosamente, le hizo cortar los cabellos, y le marcó la frente con una quemadura en forma de hierro de caballo. Riou-Riou, sensible á esta afrenta, trató de reconquistar la gracia de su padre, y desde aquel día no volvió á embriagarse sino cuatro ó cinco veces por semana; y además tenía cuidado de no beber el temible *ava* sino fuera del alcance de las miradas del monarca, cuyo brazo era vigoroso y cortante su machete.

Ahora, entremos en esa magnífica piragua de doble balance, y hagamos que la dirija hasta cerca de aquellas casas lejanas llamadas Liahí. La corriente que allá nos conduce es espaciosa y rápida, pero aun no lo suficiente para neutralizar los esfuerzos de los habitantes de Sandrich acostumbrados á luchar contra las tempestades oceánicas.... Hemos llegado, nos hemos acogido al abrigo de un soberbio seto de cocoteros y asistimos á una pesca de perlas. El trabajo es rudo, y el beneficio nulo para los que lo ejecutan. ¿Aquí pues, gastan su vida en un tan fuerte trabajo?

La voluntad de un sacerdote los ha llevado siempre á Liahí; aquellos hombres determinados, vencidos por el calor, han creído poder entregarse al placer de la natación, en cualquier caleta aislada, en desquite del *tabon* con que habían hendido el mar.... No se ha necesitado de mas; uno de los espías del sacerdote los ha denunciado, y hélos ya ahí á todos ocupados en Liahí en el ejercicio de que acabo de hacer mención. La religión es generosa en Sandrich, y no ha sido impuesto á los culpables el castigo de la cuerda ni del mazo.

Se ponen á lo ancho, y algunas veces á dos cables de la ribera, cubiertos por quince, veinte y aun treinta brazas de agua, y un fondo pedregoso. En cada piragua se halla su gefe de pié, con una zagaya en la mano, y con poderes ilimitados.

A una señal dada, se sumergen los infelices y van á escudriñar el fondo del abismo, de donde deben sacar un galete, un trozo de coral, un pedazo de fucos, un objeto cualquiera que pruebe su celo y su valor. Pero si, después de tres pruebas, no viene alguno de entre ellos á la superficie con una ostra perliera por lo menos, la zagaya hace su oficio, y se dibuja una herida en el cuerpo del nadador inhábil ó pusilánime.

Según el grado de culpabilidad, tiene que sumergirse cada hombre cincuenta, sesenta, ochenta y aun cien veces por día, sobre un fondo pedregoso que despedaza sus miembros. En cuanto á las perlas, son enviadas al rey, quien las dá á los extranjeros á cambio de telas, de armas ó de municiones de guerra.

Estas perlas, cuando mas, son inferiores á las de Cey-

lan ó á la de Malacea, y yo creo que los habitantes de Sandrich no harán nunca un comercio lucrativo con ellas.

Nadie insulte la dignidad del rey, escupiendo, como lo hacen las princesas y los grandes dignatarios, en la calabaza llena de frutas y de flores que se trituran durante la mayor parte del día; nadie ultraje su magestad permitiéndose algunas libertades para con sus monstruosas esposas, si no quiere, temerario imprudente, sufrir el suplicio de la estrangulación, con que en este momento se castiga á aquel hombrucillo arrastrado al lugar de la ejecución por cuatro guerreros del monarca. Dos pilares se han fijado en tierra; el culpable de pié, se halla arrimado de espaldas al primero, la cuerda fatal se ha pasado ya alrededor de su cuello, y el ejecutor, encaramado en el segundo pilar, aprieta el nudo con el auxilio de una, dos ó tres sacudidas de riñones, con que los extremos de la cuerda están sujetos á su cintura: nada hay tan imponente como aquello.

He visto escapar á un culpable de la tercera presión; pero debo decir que la cornulenta reina, tan admirablemente profanada, había intercedido con el verdugo, y le había regalado generosamente por ello con una magnífica pieza de papiro.... A nosotros siempre nos parece bien el calumniar al *bello xeso*, como se dice en Europa, pero como podría decirse en Sandrich, allí es mucho mas magnánimo que entre nosotros, sobre todo cuando no cuesta nada, ni á su gloria, ni á sus caprichos, ni á sus placeres.

No hay que impacientarse, amigo lector, mi escursión se acaba; solo un cuadro me queda que bosquejar, para dejar de escribir; solo una página para dar á conocer el código de Sandrich, pobre como ha podido verse, en prisiones preventivas, en *espías* inmundos introducidos con baja en los en torturas morales, en requisitos, en confrontaciones, en calabozos, los emplazamientos judiciales de nuestros países civilizados....

¿Qué ha hecho este culpable? ha echado brutal, ignominiosamente por tierra, durante la noche, en un Marai, la estatua de uno de los reyes cuya memoria es querida del pueblo, ha intentado una insurrección; ha querido atentar á las leyes del país, ha tratado de incendiar la casa del gefe del estado, ha comido carne humana, se ha desertado al enemigo.... Está condenado á muerte é importa que nadie pueda reconocerle después del suplicio.

Hélo ahí tendido sobre una tabla á partir desde los piés y tocándole á la espalda. La tabla, ligeramente apoyada en el suelo en pendiente, toca por un extremo á una enorme piedra de lava en la cual descansa mirando al cielo la cabeza del paciente. Un gefe le sujeta los piés; otros dos tienen cogidos los brazos del culpable entre sus nervudas manos, en tanto que un cuarto, armado de un gran mazo ó de una enorme *macana* (1), pronuncia la sentencia en alta voz. Hecho esto, esalzada en alto el arma terrible, y después desciende: la cabeza ha sido aplastada; los gefes, inundados por un torrente de sangre, se arrojan al mar para purificarse; y por la noche, si alguien acierta á pasar y se detiene á escuchar en la puerta del *marai* real, oirá danzar al aire gritos de alegría.... Son los cuervos de la isla, gozosos por el banquete que acaba de ofrecerles.

¡A cada cual su pasto! Al hombre la carne nutrida y fresca; al águila, al buitre, al cuervo, el cadáver y su perfume. Dios piensa en todo ser viviente; Dios provee á todas las necesidades. ¡Ay! ¡solo entre nosotros es en donde hombres y bestias suelen morir de hambre y de miseria!

J. A.

El secreto de la pereza.

Hay dos enemigos irreconciliables, encarnizados,—como lo son las personas que tienen precisión de vivir juntas,—que son el cuerpo y el pensamiento,—la parte material, y la parte intelectual de nuestro ser.

No existe nadie que no haya experimentado en el momento de ponerse á trabajar, una fluctuación sorda, efecto de la lucha entre la imaginación que quiere y el cuerpo que se opone. Todos los poetas antiguos han hablado de ella,—¡habrá hombre alguno que no haya escuchado mil veces en su interior el siguiente diálogo!

EL PENSAMIENTO.

Las formas incompletas y sin contornos que pasan ante mí con matices dudosos y cambiantes,—pareciendo tomar cuerpo y color,—la nube se disipa, el caos ha dejado de agitarse, todo se pone en orden; trabajemos.

EL CUERPO.

Hace un día magnífico,—quizá como no vuelva á verse otro como hoy en todo el año,—aun se encontraría quizás, estoy seguro de ello, alguna violeta en flor entre las hojas secas;—deberíamos irnos á pasear por el jardín.

Esta proposición mal formulada, sin preámbulos oratorios, no obtiene de ordinario éxito alguno; es como si se le dijese á un hombre que tiene sed: «Aquí tienes un excelente trozo de pastel.» El pensamiento ni aun se digna responder,—se obstina en querer trabajar y en contradecir al cuerpo tomando la pluma.

Este que es perezoso, como vds. saben muy bien,—comprende que es preciso no chocar de frente con aquel antojo por trabajar,—sino al contrario, ir caminando de un modo indirecto hacia la distracción que debe destruirlo después.

EL CUERPO.

El aire libre refresca la cabeza y es favorable á la imaginación, hay tantos recuerdos en él para tí, hermosa mía, en esas flores que he plantado solo por causa tuya,—y que tú me haces regar en el estío,—que nunca se hallará uno mejor dispuesto para el trabajo, que después de haber pasado la vista por ellas durante algunos instantes.

EL PENSAMIENTO.

Quizá ese necio tenga razón.—Vamos al jardín.

¿Desde entonces es ya perdido el pensamiento! Una vez en el jardín, el desgraciado se divide hasta lo infinito.—Sigue á la hoja que va flotando en el viento.—Aquel rosál despojado le trae á la memoria un ramillete que regaló tiempos atrás.—Cada árbol, cada planta se halla habitada por un pensamiento, como por las hamadriadas, según la poesía antigua.

Todos le rodean, le acarician, le ocupan, y se olvida del trabajo.

Esto mismo es lo que se verifica cada vez que intenta sostener un combate frente á frente con el cuerpo que tiene en su favor la pereza,—la mas poderosa de todas las pasiones, la que triunfa de todas las demás y las reduce á la nada.

Empero, el pensamiento no se cuida de esto; puede elevarse á voluntad á una altura inesperada.—Preciso es que use de astucias,—que le engañe para lanzarle en una de esas ocupaciones habituales, á las que puede entregarse por sí solo sin su concurso.

Luis Felipe y el número 13.

Un curioso se ha entretenido en hacer las observaciones siguientes:

La cifra cabalista 13 se ha visto incesantemente adherida y de un modo muy singular á la vida del último rey de los franceses. Luis Felipe nació en 1773; emigró en 1793; su emigración tuvo fin en 1813; poco después de los 13 años de su reinado, debía ser declarado de mayor edad el conde de Paris al cumplir los 13 años; el número de los palacios de su pertenencia era 13; y en la lista civil le estaba señalado un total de 13 millones; el 13 de julio de 1842 fué cuando pereció el duque de Orleans; el número de sus hijos y nietos es 13; desde 1813 ha estado 13 veces su vida en peligro; y por último, desde su nacimiento ha visto sucederse en Francia 13 gobiernos distintos, incluso el suyo.

En todas las iglesias de esta corte se han celebrado estos días los divinos oficios con grande pompa. SS. MM. salieron el jueves á visitar las estaciones, con el aparato de costumbre, no obstante lo crudo de la tarde, después del lavatorio en el salón de columnas, y de la comida á los pobres, que constó de treinta platos de distintos manjares, entregándose á cada uno de los convidados un vestido completo y una limosna. El viernes después de los oficios en la capilla de Palacio tuvo lugar el perdón de uno de los reos condenados á veinte años de cadena, pues este año ha dado la casualidad de no haber pendiente en la audiencia de Madrid ninguna causa de muerte.

SEVILLA Y TOLEDO.

Dos basílicas se distinguen en España por la suntuosidad con que celebran las fiestas religiosas de Sema Santa: Toledo y Sevilla. A ambas ciudades concurren anualmente muchas gentes de todas las provincias del reino. Toledo, por su proximidad á Madrid, es visitada principalmente por los cortesanos; Sevilla no solo por los habitantes de las provincias limítrofes, Estremadura, Cádiz, Córdoba y Huelva, sino hasta por los de las mas retiradas poblaciones de España, á las cuales llega la fama de las festividades religiosas que allí se celebran.

Debiendo dar LA ILUSTRACION un lugar preferente á todo lo que tenga el interés de actualidad, hemos creído complacer á nuestros lectores publicando una vista del monumento de Toledo, y una porción de copias de antigüedades de esta ciudad, no estampadas hasta ahora en ninguna publicación periódica, y que podrán ser útiles á los que quieran aprovechar su estancia en la imperial Toledo, para visitar sus riquezas históricas y arqueológicas.

También acompaña á este número un grabado que representa el monumento de Sevilla, cuya descripción nos parece oportuno bosquejar aquí, aunque sea de ligero.

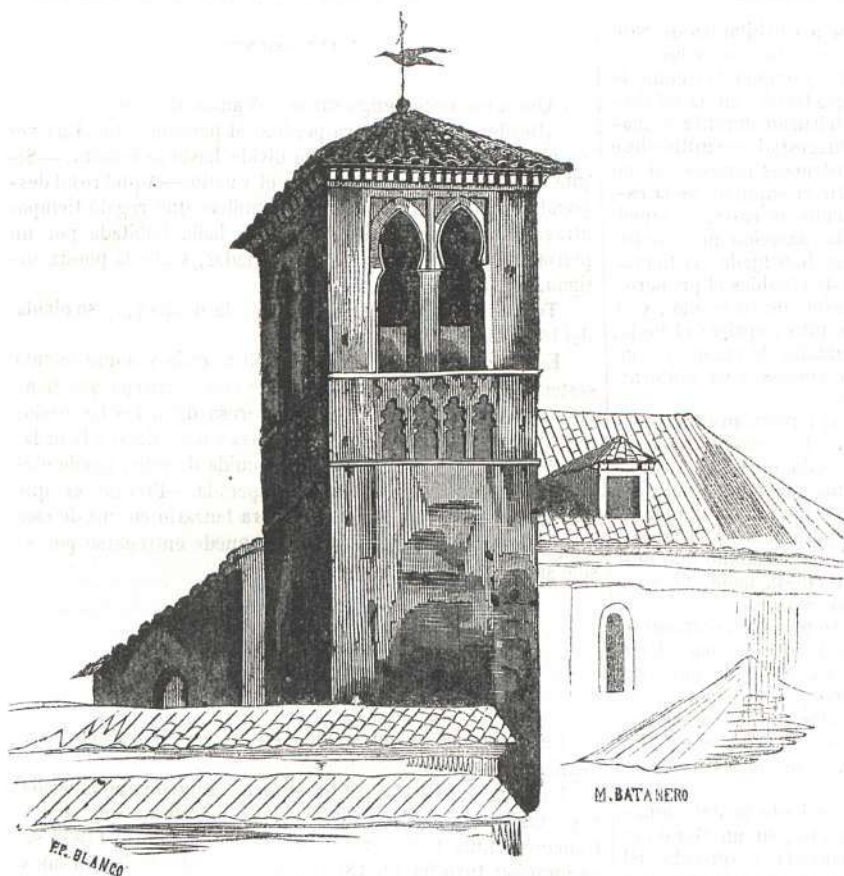
Según el erudito Cean Bermúdez fué trazado por Antonio Florentin en el año de 1543, duró su construcción nueve años, y trabajaron en él los mas afamados artifices de aquella época. Se coloca en el grande espacio que hay desde el trancoro á la puerta grande de los piés de la iglesia, ó sea en la séptima bóveda de la nave mayor, sobre la gran losa que cubre la sepultura de don Fernando Colon, hijo del inmortal almirante don Cristóbal descubridor del Nuevo Mundo.

Está aislado, y presenta cuatro fachadas iguales; una mira al trancoro, otra á la puerta grande, y las dos restantes á las capillas colaterales. Su planta es una cruz griega, y es de madera y pasta, pintada de color blanco muy brillante, con perfiles negros y dorados.

Consta de cuatro cuerpos. El primero es dórico, formado por diez y seis columnas colosales, que se elevan sobre sus pedestales y rematan con un cornisamento del mayor gusto. En el cornisamento sobre cada una de las columnas mas exteriores se colocan ocho estatuas gigantescas, que representan á Abraham, Melquisedec, Moisés, Aaron, la Vida Eterna, la Naturaleza Humana, la Ley Escrita y la Ley de Gracia. Cada dos miran á una fachada, y están sobre grandes pedestales, en los que hay inscripciones sacadas de la Sagrada Escritura. Dentro de este cuerpo hay otro formado por cuatro columnas que sostienen una especie de cúpula, y en el centro se coloca la magnífica custodia de plata, y en esta la urna de oro donde se encierra la Sagrada Forma.

(1) Venabulo.

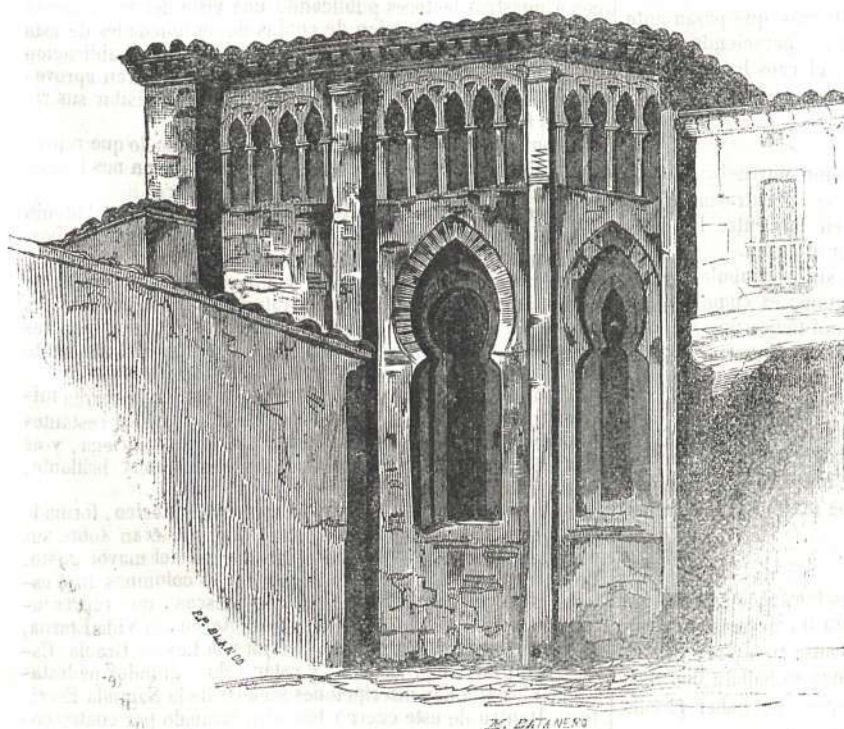
(1) Maza usada en los batallas.



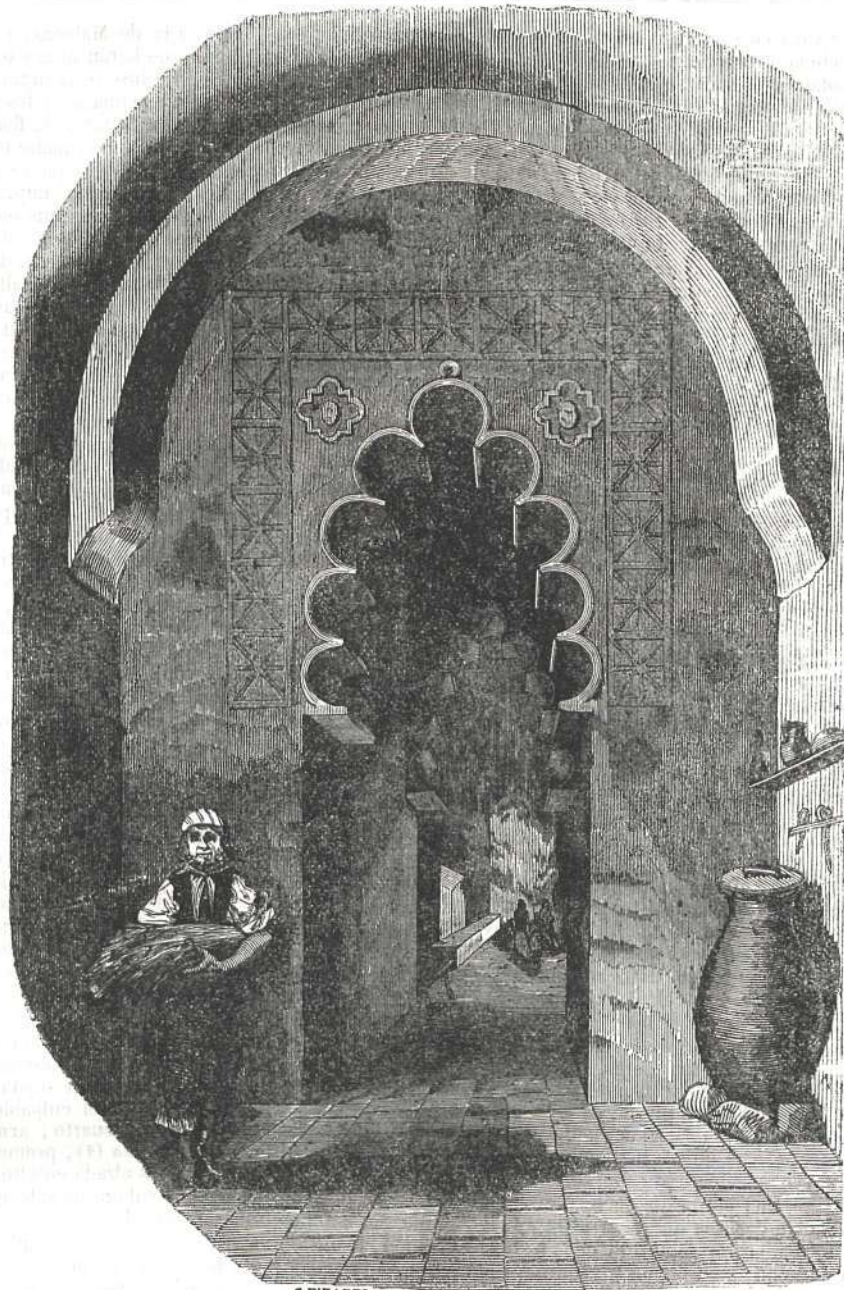
Torre de la Concepcion.



Arco del Alcázar del rey don Pedro.



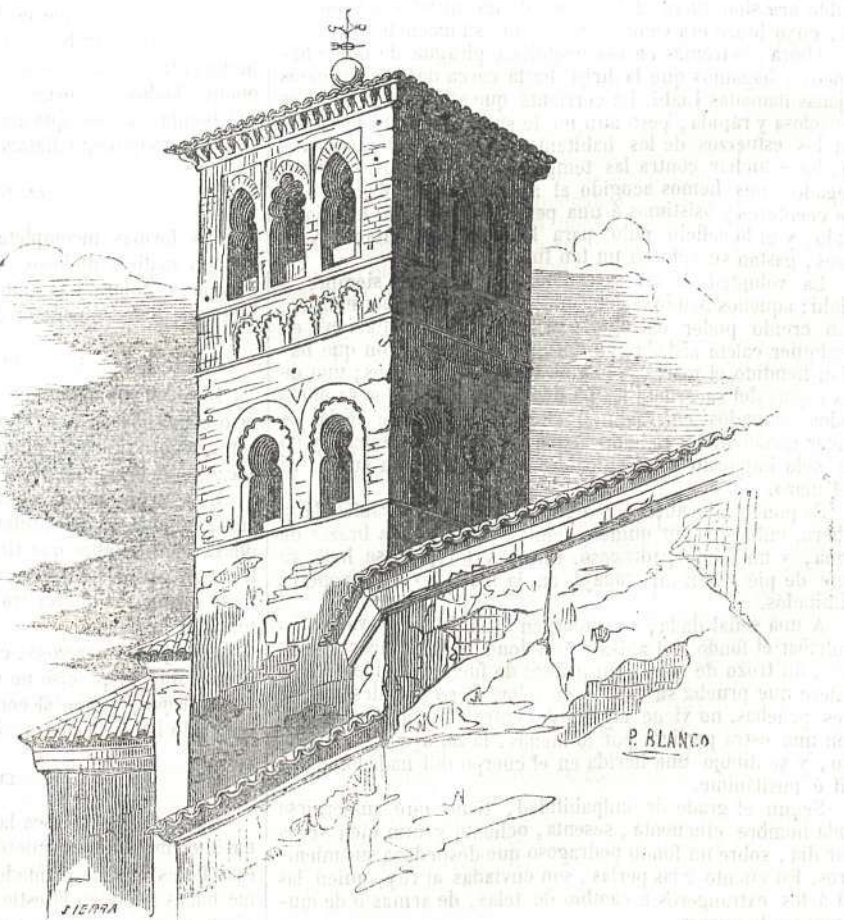
Alcáide de Santa Fé.



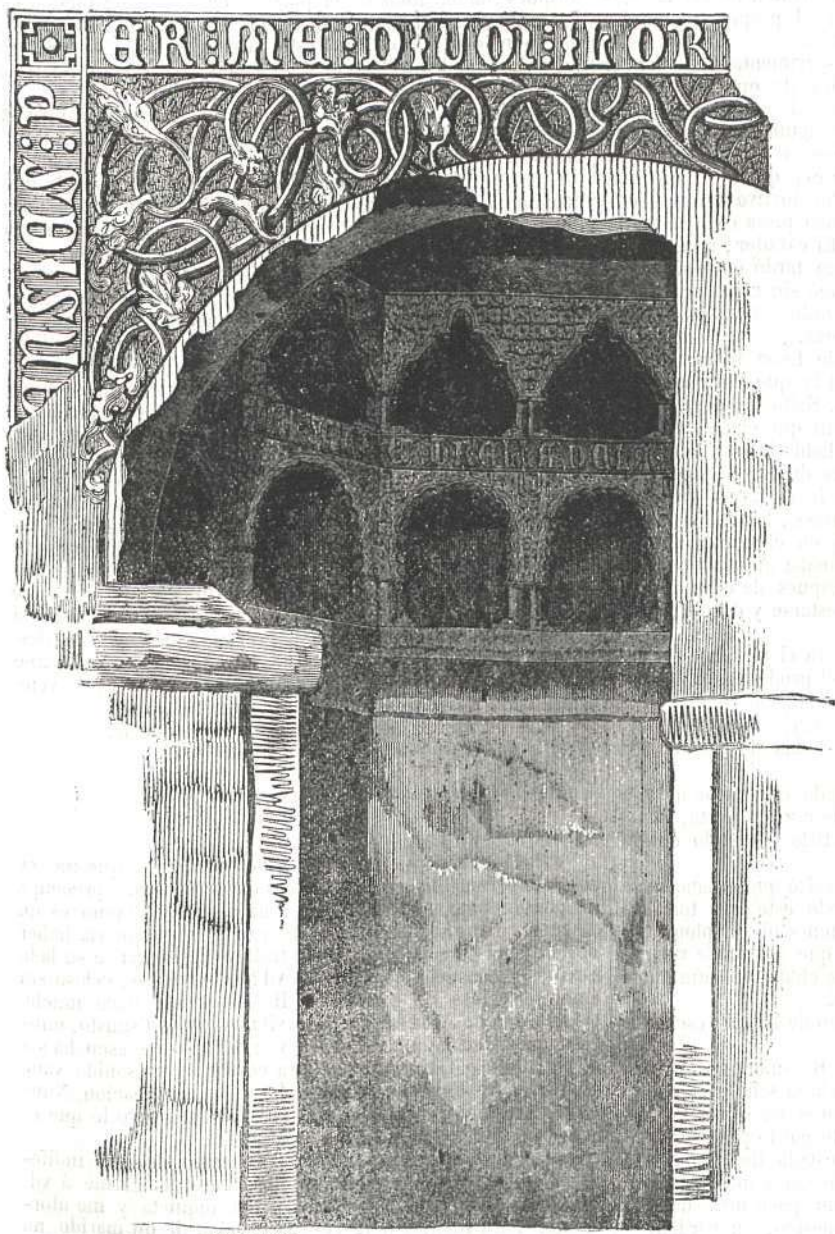
Vista del palacio de Galiana.

El segundo cuerpo es jónico y consta de ocho columnas con sus pedestales y cornisamento, y sobre éste ocho estatuas en sus pedestales, á saber: san Pedro, Salomon, la reina Sabá, el Sumo Pontífice, el Sayon de la Bofetada, el Soldado que jugó la túnica, Abraham con el cuchillo é Isaac con la leña del sacrificio. Dentro de este hay otro de cuatro columnas pequeñas, y en su centro el Salvador con capa, coronado de espinas y las tres Potencias, en la mano derecha una cruz, y en la siniestra un globo, y sobre él la tiara con las tres coronas.

El tercero es corintio, con ocho columnas, y en el centro el Salvador atado á la columna. Por las cuatro fachadas de este cuerpo como por las del anterior, corre una graciosa balaustrada de uno á otro de los pedestales de las estatuas en el segundo y de columna á columna en el tercero.



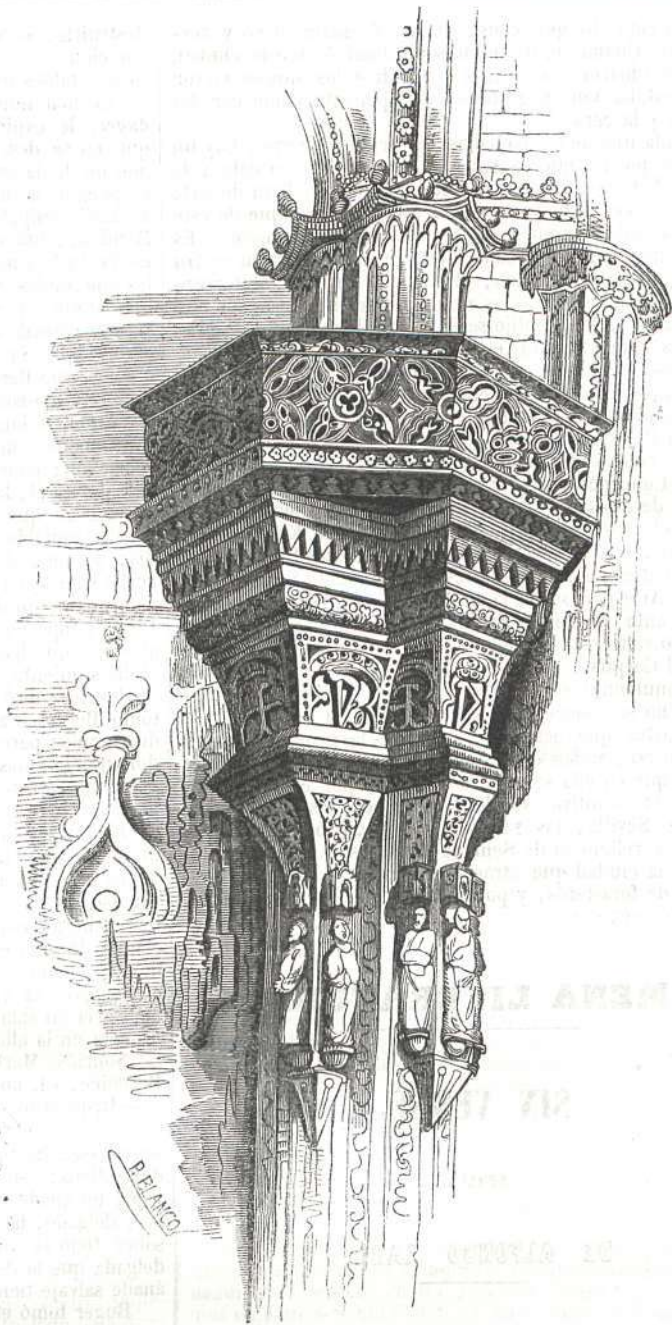
Torre Arabe de San Roman.



Palacio de San Miguel.

El cuarto es del orden compuesto, y figura una cúpula con su linterna ochavada, y en la clave de ésta un crucifijo entre los dos ladrones. A los lados de este cuerpo están las estatuas de la Virgen y de san Juan Evangelista. El calvario remata la fábrica, y el crucifijo, que es de un tamaño doble que el natural, llega muy cerca de la bóveda.

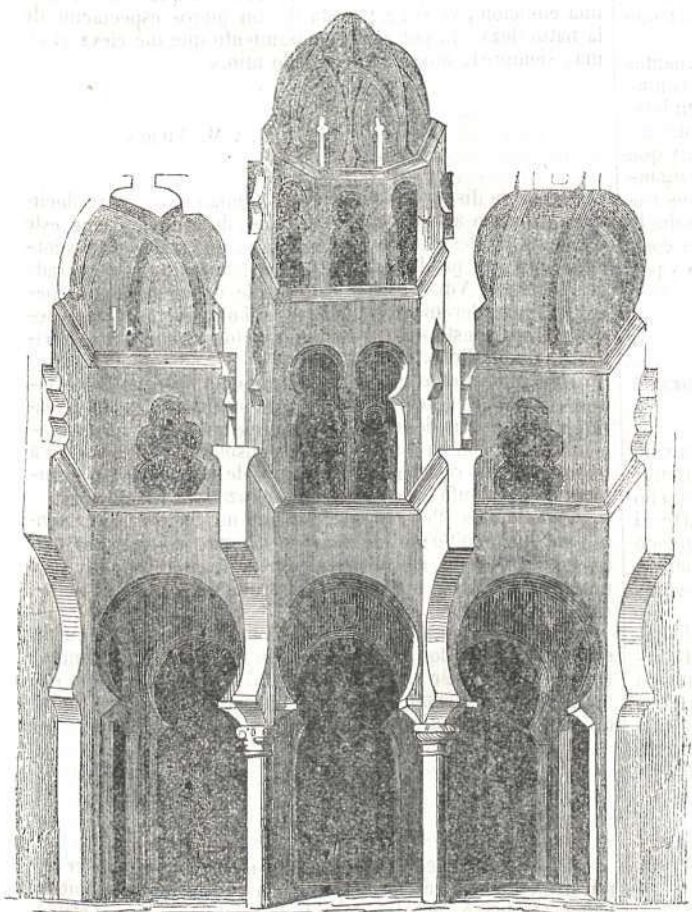
En su planta tiene 42 pies de diámetro, 126 de circunferencia, 46 de ancho cada una de las fachadas, y 142 de altura. Está cercado de una hermosa baranda de hierro y bronce dorada, que corre de pilar a pilar de los cuatro que sostienen la bóveda, en cuyo centro se arma. Junto a esta baranda se colocan en cada fachada doce grandes candeleros con cirios de muchas libras, y los doce de



Tribuna de la catedral de Toledo.

fachada que miran al trascoro son de plata, de dos varas y media de alto, llamados los Vizarrones, porque los regaló un canónigo apellidado Vizarron.

Se ilumina con 160 lámparas de plata de distintos tamaños; 144 cirios de 15 libras; 34 de 8 libras; 40 de 6 libras; 144 velas de á 2 libras; 105 de á libra, que se remudan tres veces; componiendo un total de 627 luces y 3075



Ermita del Cristo de la luz.



Los Baños de la Caba.

libras de cera, lo que causa un efecto maravilloso y sorprendente. Cuando el mariscal Soult dominó en esta ciudad, mandó iluminarlo con arañas; pero dice los que lo vieron que no estaba tan magestuoso é imponente como con las lámparas y la cera.

En cada una de las fachadas del primer cuerpo, hay un gradillaje por los que se sube al sitio donde se coloca la custodia. Esta, según dice su autor, el famoso Juan de Arfe y Villafañe, «es la mayor y mejor pieza de plata que de este género se sabe» como copia el citado Cean Bermudez. Es redonda, tiene cuatro varas de alto, y está dividida en cuatro cuerpos; el primero jónico, el segundo corintio, el tercero y cuarto compuestos, todos en disminución, y remata con la estatua de la Fé. Prolijo sería referir la multitud de preciosidades que encierra esta pieza en relieve: estatuas, geroglíficos, columnas, etc. Baste decir, que es un trabajo incomparable. Los geroglíficos y asuntos para los relieves, fueron debidos á la pluma del sabio humanista el canónigo Francisco Pacheco.

En el centro del primer cuerpo hay una estatua de la Purísima Concepción. En el segundo se coloca en la magnífica urna de oro que hizo en Roma Luis Valadier en 1774, y costó el conónigo don Gerónimo del Rosal. En el centro del tercero, está el Cordero con el libro de los Siete Sellos, y en el centro del cuarto, la SSma. Trinidad. Se le dieron al artífice Arfe por su trabajo, 235,764 rs., según escritura otorgada ante Pedro de Espinosa, y se acabó la obra en 1587. Solo sirve esta custodia el Jueves Santo y para la procesion del Corpus.

El monumento se empieza á poner á mediados de Cuaresma, y no se conoce igual en la cristiandad.

Los gastos que ocasiona, así como la procesion de *El Santo entierro*, única en su género, tanto por las riquezas artísticas que en ella se admiran, cuanto por el lujo y brillantez de la comitiva, son inmensos; pero las diversas cofradías de Sevilla, los satisfacen con gusto, porque las festividades religiosas de Semana Santa, son una especulación para la ciudad que atrae á su seno una afluencia considerable de forasteros, y por consiguiente de consumidores de todos los géneros.

AMENA LITERATURA.

SIN VERSE.

NOVELA

DE ALFONSO KARR.

(Continuacion.)

A menos que no hubiese una comunicacion en el fondo del aposento: dió vuelta á la casa y vió que era grande su fondo; esto le tranquilizó á medias. Permaneció aun algun tiempo allí; á pesar de la capa, estaba pasado de frío: y alejóse por fin agitado por mil diferentes impresiones. Su amor había cambiado de naturaleza, después que su ángel había llegado á ser, si no visible, al menos posible de ver, después que el alma amada había tomado un cuerpo.

Entró en su casa hacia las tres de la mañana; Berenice le recibió muy mal; en cuanto á Marta, dijo con la mayor dulzura que había estado inquieta. Roger se puso de muy mal humor con aquella dulzura que debía apreciar en algo; pero todo lo que no era M. M. M. le disgustaba extraordinariamente; en especial después de su descubrimiento, había ella apoderado, al menos en el pensamiento de Roger, de todo cuanto había querido ella misma dejar hasta entences á Marta.

XII.

Desde aquel día, marchábase Roger todas las mañanas de Honfleur, iba á pasar algunos momentos ante la casa de Ingouville, y se volvía por la noche, siempre prestando una caza lejana. Marta se había ya habituado, y no fijaba en ello la mas mínima atencion: en cuanto á Berenice, no podía mirar como cosa natural, que pasase el señor en la caza un centenar de horas por semanas, sin que nunca trajese nada, lo cual fué observado una noche por la misma Marta. La correspondencia no cesaba sin embargo, y la desconocida se dejaba llevar de día en día de una ternura mas expansiva.

Ya hacia mas de una semana que continuaban las escursiones de Roger, cuando tuvo lugar de advertir dos cosas; la primera, que necesitaba informarse del nombre de los propietarios de Ingouville, hacer que le dieran una carta de recomendacion para ellos, é introducirse en la casa sin darse á conocer á M. M. M.; la segunda, que necesitaba volver de vez en cuando con alguna caza.

Escribió con tal motivo á Leon, quien tuvo que enviarle, en el término mas breve que pudo, una carta de no importa quién, para M. Aimé Deslandes, en Ingouville.

Cuando iba á esperar la carta, solía andar vagando al ededor de la casa, sin ver jamás á nadie, mas que á algunos criados que comenzaban á percibirse de su asiduidad: Vió con disgusto que el jardín no estaba cultivado, que la yerba brotaba en los paseos, y que hubiera podido aplicársele muy fácilmente la cándida espresion de cierta señora que creía que la horticultura no era otra cosa que el cultivo de las ortigas.

Dedujo de aquí la consecuencia, de que el ángel blasonaba de algun mas humor hacia la naturaleza y las flores, del que realmente tenía. Esto fué causa de que se resintiese contra ella tan odiosa la afectacion de las buenas cualidades y sentimientos, que á falta de otro medio de

destruirla, se siente uno á veces inclinado á desear la destruccion del original, para destruir al propio tiempo las insoportables copias que de él se hacen.

El mal humor que aquel día experimentaba contra el ángel, le espiró naturalmente la idea de que era preciso que no se desentendiese absolutamente de su muger, y de que no debía economizar precaucion alguna para no dejarla sospechar la infidelidad cada dia menos platónica de que se hacia culpable para con ella. Así es, que á su vuelta á Honfleur, fué en busca de un cazador furtivo á quien conocia, y le suplicó que le vendiese una pieza cualquiera de las que hubiese matado en aquel día. El cazador, aun cuando con algun reparo en un principio, no tardó en llevarle un *manífico ánade salvaje*, que Roger pagó sin regatear, y que arrojó sobre la mesa con un aire de indiferencia estudiada, cuando vino Berenice á abrirle la puerta.

A la mañana siguiente recibió de Leon la carta para M. Aimé Deslandes de Ingouville, en la que le anunciaban únicamente con el nombre de Roger. Saltó de alegría á su recepcion; podría estudiar al ángel sin que ella se creyese delante de él, la vería, la vería, la hablaría, oiría su voz; su voz de que tanto necesitaban las dulces palabras con que le escribía. Era muy tarde para ir al Havre en aquel día, y comenzó á esperar que se pasase, haciendo que se aceleraran cada uno de los actos que en él tenían cabida, y en los que ordinariamente no se tomaba ningun cuidado. Pidió temprano de comer, porque después de comer no le quedaba que hacer otra cosa que acostarse y dormir hasta el día siguiente.

Yo no sabré decir de qué género era el aire burlon que tomó Berenice al servir en la mesa el producto de la caza de su amo; pero es lo cierto, que permaneció en el comedor mucho mas tiempo del que su servicio exigia, para gozar del efecto que necesariamente habia de producir el plato que acababa de llevar.

El *ánade salvaje* estaba condimentado con nabos ni mas ni menos que el último de entre los de corral. Marta, como buena ama de casa, no tardó en advertirlo y hacerlo observar así.

—Señora, contestó Berenice, el preciso que el amo haya estado de caza en una granja, y matado este pato torciéndole el cuello, porque á mas de no tener ni un plomo en el cuerpo, es el pato menos salvaje que se puede ver, y apostaría mi salario de un año á que se chapuzaba aun antes de ayer en la alberca de alguna quinta.

Sonrióse Marta, y al ver el embarazo de Roger, exclamó: Berenice, vd. no sabe lo que se dice.

—Dispénsese vd., señora, replicó Berenice, no viendo ó fingiendo no ver las señas que le hacia la señora para que se callase, he confeccionado á centenares los salvajes y los domésticos; este se halla escesivamente gordo para ser salvaje; un ánade salvaje que conoce su estado tiene el cuello mas delgado, la pata mas pequeña, las uñas mas negras y sobre todo la membrana de los pies un poco mas suave y delgada que la de los pies de este campesino. Un verdadero ánade salvaje tiene las palmas lo mismo que el raso.

Roger tomó el partido de confesar sonriéndose que habia comprado el pato, y que el cazador se habia burlado de él. Marta se rió en un principio, en seguida se mezcló á su sonrisa una especie de contraccion: después pareció indicar un movimiento imperceptible de su fisonomía: —Bien está, ya he tomado mi partido. —Transcurrido un cuarto de hora, no volvió á ocuparse de las *casas sin resultado* de su marido, ni de cuanto hubiera tenido derecho á deducir de ellas.

Respecto á Roger, habia olvidado sus resentimientos contra M. M. M.: á cada momento experimentaba un calofrío que le recorria el cuerpo. Después se inquietaba por el efecto que produciria en ella. En medio de la noche levantóse para ver si tenia un chaleco en buen estado; temió aparecer torpe y poco desembarazado; preparó lo que habia de decir; y por último se decía, ella no sabrá que soy yo.

Desde el amanecer hallábase ya en el camino de Honfleur, esperando á que pluguiese al mar subir lo suficiente para que pudiera darse el *pasajero* á la vela.

Llegó al Havre, se hizo peinar y afeitar; compró guantes del último color, después, como habia llovido algo por la mañana, y estaban los caminos llenos de lodo, se ocupó en buscar un vehículo que lo condujera á Ingouville. Al encontrarse cerca de la puerta sintió que apenas podía respirar, y que la primera palabra que pronunciase no pasaria de su garganta y le ahogaria inevitablemente; pasóse la mano por los cabellos, se arregló la corbata, se cercioró de que llevaba la carta en el bolsillo, y llamó. Tardaron algun tiempo en contestarle; luego comenzaron á aproximarse pasos fuertes y pesados, y un criado viejo abrió por fin la puerta.

—M. Aimé Deslandes?

—Acaba de marcharse á Rouen.

Roger tomó aliento, y dijo: —¿y la señora?

—La señora se ha ido con él, y estarán ausentes durante quince días: ¿quiere vd. dejar su nombre?

—Volveré.

Y tornóse á subir en el carruaje: quizá le hubiera sido muy difícil contestar si le era ó no sensible su mala ventura.

Por la noche, le dijo Marta: querido Roger, hace mucho tiempo que te retiras bastante tarde; para no incomodarte ni incomodarme yo tampoco, porque muchas veces no puedo volver á conciliar el sueño interrumpido, he hecho poner un colchon mas en la cama que hay en tu cuarto y así podrás dormir en él habitualmente.

Roger miró con fijeza á su muger. Su fisonomía se hallaba tranquila y natural sin que significara cólera ni mal humor; quizá si lo hubiera dejado, hubiera pedido él mismo aquella traslacion; pero viniendo de su muger le turbó y pareció sospechosa semejante idea. Para tranquilizarse volvió á leer todas las cartas de la *desconocida* que tan próxima se hallaba á no serlo; y cuando se durmió ya habia olvidado todo lo que no fuese ella.

XIII.

La casita de la costa de Honfleur era centro de grandes agitaciones; Marta habia comenzado á comprender que una cosa que no era ella, preocupaba singularmente á su marido; al pronto se habia afligido; en seguida habia manifestado algo su mal humor, posteriormente se habia quedado triste,

después habia tomado el partido de circunscribirse á los cuidados de su casa; y únicamente se alejaba de su marido por lo menos tanto como este parecia alejarse de ella: se habia resignado al abandono, con tal de no verse espuesta á una separacion.

Por lo que á Roger toca, se apercibió de que su muger se separaba de él sin dudar en lo mas mínimo que aquello no era otra cosa que una represalia.

Después de un gran peligro, cuando se ha sentido uno próximo á exhalar la vida con el primer suspiro, se suceden algunos dias durante los que se ama la vida por ella misma. Vivir es una felicidad que no deja espacio para desear ninguna otra; todos los afanes se limitan á respirar, á sentir la dulce influencia del sol, á embriagarse con el perfume de las flores, á oír el ruido que forma el viento entre los árboles, á contemplar las dilatadas praderas tendidas por el suelo á manera de un inmenso tapiz da terciopelo verde. Parece que se nace con todo esto; es un segundo nacimiento; el nacimiento de la vida y de las sensaciones. — De la propia suerte que no suele haber patria sino para los desterrados.

Roger observó que su muger no le buscaba, y que al contrario muchas veces evitaba el encontrarse con él; únicamente entonces notó lo que habia existido siempre, que aun cerca de él soñaba ella otra cosa. Pensó que aquella otra cosa podia muy bien ser alguno, sintió un no sé qué de punzante que le llegaba al corazon; tornóse celoso, salió menos, espíó á su muger, habló en presencia de ella y á propósito de cosas que no tenían relacion alguna, «del desprecio, que es el patrimonio de la muger adúltera:» dijo repetidas veces que si por ventura fuese engañado, la venganza seria terrible, etc., etc.

Marta lo miraba con asombro y lo dejaba decir.

VILHEM á M. M. M.

«Hace una porcion de dias, querido ángel, que me es imposible escribir, porque involuntariamente me preocupa un pensamiento que no es vd.; no obstante, como es un disgusto, tiene vd. derecho á saber cuáles, y temeria haber obrado mal para con vd. sino tratara de buscar á su lado auxilios y consuelo. ¿Lo creería vd? estoy celoso, celoso sin amor, y celoso de mi muger. He observado hace mucho tiempo que no es la misma, me evita, la causo disgusto, nunca la ocurre nada que decirme, y si la hablo me escucha sin oirme, mis palabras no son otra cosa que un sonido vano que hiere sus oidos sin penetrar hasta su imaginacion. Nunca he entrado por mucho en su existencia, pero lo que es ahora no entro para nada.

»Seguramente que deberia felicitarle de esta indiferencia que tan en libertad me deja para dedicarme á vd. exclusivamente; mas, con todo, me inquieta y me atormenta. Para vds. las mugeres, la traicion de un marido no equivale á nada cuando no le quieren; puede herirlas el orgullo, hacerlas temer que su infidelidad provenga del menosprecio de sus encantos; pero esto dura únicamente hasta el momento en que otro homenaje viene á asegurarlas respecto de este último punto.

»Mas la opinion nos deshonra por las faltas de nuestra muger, del propio modo que á aquel muchacho á quien le habian dado por discípulo al hijo de un príncipe, y á quien azotaban cada vez que ignoraba su compañero la leccion. Por otra parte la infidelidad de un marido es enteramente esterior, y la de la mujer introduce en la casa la turbacion y el desorden.

»No obstante, yo querria hablarla á vd. de sí misma; hace algunos instantes que estoy escribiéndola, y encuentro ya menos importancia en el asunto que me ocupaba; ¡ah! ¿por qué se obstina vd. en que no la vea? nada podria detenerme. Dios mio, cuando pienso en vd., cada vez que experimento una emocion, ya sea á la vista de un nuevo espectáculo de la naturaleza, ya por algun pensamiento que me eleva al alma, siempre la busco á vd. al lado mio.»

M. M. M. á M. VILHEM.

»Qué de disgustos se toma vd., amigo mio, para decirme y callarme á la vez que está celoso de su muger; que este incidente ha despertado un fuego que no estaba sino adormido, en una palabra que está vd. enamorado, y enamorado quejumbroso. Vd. cree que esto puede causarme alguna pena; y, verdaderamente, tiene vd. señor mio, muy poca penetracion, puesto que no comprende lo que con tanta claridad le tengo dicho.

»Yo únicamente quiero de vd. aquello que no le pertenece á ella, sea vd. su marido, sea su amante, nada hallará en ello que me desagrade; cuénteme vd. su amor desgraciado, para con su muger y yo le consolaré, yo le ayudaré á triunfar de sus resistencias, y pondré de manifiesto en el interés de su triunfo los secretos del corazon de las mugeres.

»Vd. la ama ¡Pues bien! ¿por qué no decirlo francamente; por qué ocultarme sus virtudes? El amor conyugal es una de las cosas que mas deben respetarse en el mundo; y es una necia conducta el negar virtudes que se poseen y el achacarse vicios que no se tienen.

Vd. quiere mostrarse segundo don Juan, cuando puede ser el modelo de los esposos y el de los padres de familia; resignese vd. á ser virtuoso: durante algunos dias no lo escribiré á vd. por no originarle distracciones en medio de esos excelentes sentimientos. —Adios.»

XIV.

Roger necesitó leer repetidas veces esta carta para poder explicarse el movimiento de impaciencia que en un principio le habia originado. La desconocida disimulaba mal su pésimo humor; Roger veia, que ella sin saberlo la amaba de una manera menos escepcional de la que queria hacerle creer. Se irritó contra las mugeres en general, y comenzó á negar la amistad, en lo cual nunca nos parece que obramos mal.

»La amistad en dos personas de diferente sexo, ó no es nada, ó es amor. En la amistad ordinaria, procura un

amigo, al que lo es suyo, todas las felicidades que en su mano está procurarle: le cede su abono en el teatro, le presta su caballo, juega con él al ajedrez, etc., etc.

«Pero si tiene vd. una mujer por amiga, que ni tenga abono que cederle, ni caballo que prestarle, y con la que no se halle vd. dispuesto á jugar al ajedrez, puede suceder que una de esas noches, sentados al lado de la chimenea, y que tan deliciosamente acostumbran á pasar los buenos amigos, no recuerde vd. historia alguna que contarla, y que ella haya dispuesto en favor de vd. de todas las que cuenta una mujer; entonces, ¿no es posible que esperamente vd. un deseo de deslizar sus manos por entre los rizos de sus largos cabellos; no experimentará vd. una secreta atracción, que llevará aquellos cabellos hasta tocar en sus labios, ó sus labios hasta unirse á los cabellos? ¿No querrá vd. alguna vez contemplar aquellos dedos afilados, y tener su pequeña y deliciosa mano entre las suyas? Porque la amistad no convierte en ásperas las manos de las mujeres, ni apaga ese fuego que se comunica tan rápidamente cuando se tocan las palmas de las manos, tan rápidamente, que el pecho siente casi á la par una súbita conmoción, tanto que parece que las venas se abren, y que la sangre de las unas se precipita en las del otro y sube hasta el corazón.

«Si vd. comunica á una mujer amiga suya los sueños de su alma, ese amor vago, semejante á la tímida avecilla que, en la hora en que brilla la primera estrella, voltea en derredor de los añosos tilos, dudando y buscando la rama á que se ha de acoger:

«Si vd. le dice: la mujer á quien yo amara había de tener los ojos de ese azul variable, ya gris, ya verde, que da tanta espresión á la mirada; y si al contemplarla halla vd. en sus ojos la misma penetrante espresión de que la ha hablado... ¿qué sucederá?

«Un amigo hará todo cuanto posible sea para aproximarnos á la mujer á quien amamos.

«Nuestra amiga hará menos por nosotros si es ella misma la que amamos?

«Si nuestro amigo fuese una mujer, sería nuestra amante.»

XV.

M. M. M. A VILHEM.

«Bien quisiera que no hubiese vd. recibido, amigo mío, mi carta, que no tenía sentido común, ó, mas bien, tenía un sentido demasiado común y excesivamente vulgar. Cuando pienso en ella estoy segura de que me habrá vd. creído enfadada por su confidencia; no, amigo mío, no; le estoy á vd. por ello reconocida; no me prive vd. nunca del derecho de consolarle; sus disgustos me pertenecen, y respecto de ellos es únicamente en lo que no quiero ceder mi parte.»

«Quiero, por lo tanto, amigo mío, tranquilizarle á vd. respecto de su mujer. Vd. me ha hablado poco de ella, y quizás hubiera hecho bien en no hablarme del todo.

«Una mujer prudente sigue siéndolo, por el único hecho de haberlo sido siempre; voy á explicarme:

«Mucho mas que la de vds. se halla sometida nuestra vida á una porción de conveniencias y de costumbres, de las que no podemos prescindir. Nuestros hábitos son tiránicos, y no podemos cambiarlos ni modificarlos sin que se aperciban de ello, puesto que se hallan ligados á todos los pormenores del interior de la casa.

«Una mujer no puede levantarse mas temprano ni mas tarde de lo que acostumbra, sin hacer que cambie todo cuanto la rodea; no puede tener cerrada una puerta habitualmente abierta, ni salir á las horas en que no sale de ordinario sin que se lo noten, y de ello se hagan comentarios. Admitamos que una mujer haya triunfado de sus hábitos de virtud y de reserva, que haya olvidado sus deberes mas sagrados, que haya pasado por cima de los temores del peligro y del desprecio, aun será detenida por una multitud de inconvenientes, de poca monta, pero que la sujetarán á cada instante; otra mujer tiene organizada su vida toda para la intriga, nadie repara en que pase encerrada una hora, ni en que pase otras dos fuera de su casa, porque siempre ha obrado así; mas la que ha llevado una vida tranquila y sedentaria, se le preguntará inmediatamente la razón de por qué falta á lo que ha tenido acostumbrado de ser y hacer.

«El mal no puede hacer entonces sino progresos muy lentos, y muchas veces no tiene desenlace el drama; hay muchas mujeres á quienes no se las cree generalmente: yo no digo que sean virtuosas, porque hago estribar mucho la virtud en la intención, pero que no son infieles. Adios, amigo mío, á un marido le es mucho mas fácil de lo que se cree el conservar á su mujer, y no hay uno siquiera que no sea cómplice, á menos á medias, del mal que pueda suceder.»

XVI.

M. M. M. A VILHEM.

«No me ha contestado vd. á mi carta; quizá se lo haya impedido la causa mas sencilla y natural, y sin embargo, no puedo menos de achacar esta inexactitud á los mas tristes acontecimientos; espero, amigo mío, que no estará vd. enferme, ni será víctima de desgracia alguna.

«Escúcheme vd.: La separación que entre nosotros media, los obstáculos que nos separan para siempre, me dan ánimo para confesarle un hecho.

«Le amo á vd. Le amo con cuanto amor puede contener un alma. Ya comprende vd. que despues de semejante confesión es imposible que nos veamos; pero he pensado que había un cruel é inútil sacrificio en ocultarle de esta suerte lo que pasa en mi corazón; he pensado que, segura como estoy de que nunca llegará á ser criminal mi amor, podía abandonarme sin miedo al placer de hablarle de él; que no tenía derecho á ocultarle aquellos de entre mis pensamientos que mas poder é influencia ejercen en mi vida.

«Le amo á vd. con todo el tesoro de amor que posco,

aglomerado y encerrado desde que existe en mi corazón: únicamente vivo para vd. y por vd.

«Ahora ya no me pida vd. verme; quiero conservar mi amor en toda su pureza é inocencia, y para esto, preciso es que no le vea nunca.

«En el nombre del cielo, Vilhem, no me hable vd. ya mas de su mujer; su funesta confidencia acerca de ella, ha sido la que me ha iluminado acerca de mí misma, y la que me obliga á confesarle hoy lo que ni aun á mí me había confesado; vd. no podría creer cuán malos pensamientos han surgido de mi imaginación de algunos días á esta parte; he sentido una alegría cruel por los males que pudiera causarle su mujer; he sido feliz al considerar que no le amaba, y que yo era la única en amarle; compadecíala, al propio tiempo, porque no apreciaba una dicha que tan bien hubiera llenado mi vida; pero también, cuando veía que vd. se quejaba de ella, cuando veía su amor á través de los celos, ¡cuánto la aborrecía!

«¿Sabe vd., Vilhem, por qué le digo todo esto? pues es porque no penetre hasta mi corazón á favor de las tinieblas con que se circundaba: pensaré con vd. en alta voz, y así abortarán al nacer mis malos pensamientos, de la propia suerte que se secan con el sol ciertas yerbas de las lagunas.»

XVII.

VILHEM A M. M. M.

«Me amas al fin, querido ángel, me amas, y mi alma se siente agitada por una alegría en que ni aun había soñado. ¡Cuán dulce debe ser esta palabra, cuando la pronuncia tu boca! Tú me amas, y yo también te amo; también yo vivo solo por tí y para tí. Pero ¿de qué especie es tu amor que así te deja en posesión de tu voluntad, sin que traspase los límites que les sean por tí prescritos? ¡Cómo! en el mismo momento en que por la precisa confesión que me haces concibo por verte, por estar á tu lado un afán que me devora, en ese mismo momento es cuando pronuncias esa terrible palabra: ¡No nos veremos jamás!

«En este instante todo me es indiferente, el mundo entero conjurado contra mí me hallaría desdeñoso é invulnerable: ¡me amas! ¡Ah! ¡cómo has guardado por tan largo tiempo en tu corazón esa palabra que debía hacerme tan feliz!

«Ahora me hallo al abrigo de todos. ¡Qué me importa esta mujer ni sus acciones! soy todo tuyo, y ella ni aun tendrá poder suficiente para impacientarme: te pertenezco: vivo en la atmósfera de que me circunda tu amor. ¡Oh! ¡cuánto diera para hacer retroceder tantos inútiles años, tantos días perdidos como he pasado en mi vida sin amarte, sin ser amado por tí; ¡Dios mío! ¡cuán corta me parece la vida para contener tanta felicidad!

«Únicamente tu voluntad, querido ángel, podría impedirme que lo abandonara todo para volar á tu lado, allí donde está mi alma. Ni preocupaciones, ni conveniencias, ni sentimientos, ni deberes, nada me detendría. Su amor de usted es mi único bien, mi única ambición. ¡Oh! ¿por qué me niega vd. el verla; oír una sola vez el sonido su voz? y despues correré á amarla desde el fondo del mas salvaje desierto, llevándome suficiente felicidad para toda mi vida; usted no sabe qué suplicio es el de no poder representarme nunca sus facciones.

«Ameme vd., no me abandone jamás, podía vivir sin vd.; me fastidiaba únicamente, porque mi corazón tenía el vacío de todo el lugar que á vd. le pertenecía; pero ahora, sin su amor, conozco que no podría vivir, porque su amor ha llegado á formar mi vida entera.

XVIII.

Roger no exageraba la emoción que le dominaba; no pensaba sino en su desconocida; no podía ver á nadie sin un mal humor manifiesto; permanecía en su casa menos que siempre, y no hallaba parte alguna del bosque, bastante salvaje, ni de la playa bastante solitaria para ocultar en ella su ventura, sus deseos, y los sufrimientos que á veces le causaba la resolución de aquella de quien dependía su existencia.

Los quince días que debía durar la ausencia de los habitantes de la casa de Ingouville, habían transcurrido; partió para el Havre, poseído de una emoción, de que se hubiera apercibido el ojo menos perspicaz. La veré, decía, la oiré, pero dominaré mis transportes y no me conoceré.

Llegado al Havre, ¡había olvidado la carta de recomendación! ¡quedó anonadado! ¿Qué hacer de aquel eterno día, cuando no podía marcharse hasta por la tarde? Leandero hubiera atravesado á nado: pero es porque en su tiempo existían amantes mas emprendedores que lo son los de hoy día.

Compró flores: las hizo llevar á casa de Ingouville; y á la verdad que mandó con las flores la mayor parte de su alma.

Al día siguiente llegó con la carta. En el momento de llamar, le parecía que el ruido de la campanilla iba á dar lugar á un terrible trastorno de la naturaleza; no obstante, aquel ruido no tuvo otro resultado que el de atraer al mismo doméstico á quien había ya visto.

—M. Aimé Deslandes?

—Ha salido.

Roger sintió un calofrío mortal. Vamos, pensó, aun no habrá vuelto.

—Y la señora?

—La señora sí está en casa.

—Anúncieme vd.

—Tenga vd. la bondad de entrar.

E introdujo á Roger en la pieza de que solo había visto desde afuera las cortinas azules. Creyó que entraba en el cielo; hallábase esparcido por la estancia un perfume, perfume vago que no podía designarse por nombre alguno; perfume que parecía ser exhalado por una boca divina. Era, como lo había supuesto, un gabinete con su dormitorio.

—Sírvase vd. esperar un momento.

Y lo dejó solo. Aproximóse á un espejo y reparó el desorden que en sus cabellos y corbata reinaba. Despues examinó

con avidez los detalles de aquel aposento tan sagrado para él. Las cortinas del lecho, eran azules como las de la ventana... Una cinta había quedado olvidada sobre una silla y la cogió y la llevó á sus labios. Pero no puede explicarse con qué transporte vió en un vaso del Japon, el ramillete que había enviado la vispera. Habíalo cuidado perfectamente: se bañaba en un agua clarísima y que evidentemente había sido renovada aquella mañana.

Todo era de suma elegancia en su rededor, aun cuando muchos de los objetos pareciesen de una época muy anterior á la edad que puede confesar una muger; había cerca de la chimenea un confidente en el cual se habían dejado un bordado empezado; debía hacer muy cortos instantes que ella ocupaba aquel lugar; ella se sentaba allí. Creía soñar, procuraba representársela—¿cómo estará vestida? ¿y su mirada? ¿y su voz? Mas, él, Roger, ¿cómo ocultar su emoción? cómo no decirle: soy yo—Vilhem. Parecía que ella debía reconocerle, de la propia suerte que él la reconociera entre la multitud. Abrióse una puerta, y la mampara de paño azul que la cubría se separó, y entró una muger.

Su vestido era de uno de esos colores bastante indeterminados, que se designan perfectamente llamándolos colores oscuros: era largo y casi le arrastraba...

(Continuad.)

VIAJE DE LAS CAMPANAS A ROMA.

FANTASIA.

Hallábame á la puerta de mi casa... Un monaguillo en traje de iglesia y que llevaba en la mano una inmensa carraca, recorría las calles deteniéndose un instante en la puerta de cada una de las casas, y sea que saludase á mi abuela, sea que quisiese unir la burla á la mistificación, hizo al pasar por delante de mí una parada escesivamente larga, y una estrambótica contracción.

Entreme corriendo muy afligido y corri á arrojarle en los brazos de mi abuela, comenzando á verter torrentes de lágrimas.

«Querido mío! me dijo mi abuela sacando del bolsillo una golosina que me tranquilizó instantáneamente:—el monaguillo no pensaba en tí: ¿olvidas, acaso que nos hallamos en Jueves Santo? Hoy no hay campanas y venia á avisarnos la hora de las vísperas.

—Cómo, abuela, ¿no hay campanas? Pues, ¿y las que he oído esta mañana?...

—Esta mañana sí; pero esta tarde ya se han ido.

—¿Adónde, abuela?

—A Roma, hijo mío.

—¿A Roma!... ¿y por qué?...

—Porque acostumbran á ir todos los años el Jueves Santo. ¿Y qué van á hacer allí?

—¡Ah! ¡muchas cosas! Van á inclinarse ante la cúpula de san Pedro.

—¿Y las otras?

—¿Cómo las otras?

—¿Las campanas de las ciudades, todas las de las demás iglesias?

—Van también allá.

—¿Cómo ¿todas?

—Sí, todas.

—¡Ay!... abuela, dije sonriendo... Pero, añadí con inquietud, ¿y cuándo vuelven?

—La vispera del día de Páseua, antes del medio día en que tocarán bien fuerte para recuperar el tiempo perdido.

Y mi abuela acabó de enjugarme las lágrimas con un cariñoso beso, y me llevó de la mano á las estaciones.

Desde entonces, todos los años, cuando llegaba el Jueves Santo, recordaba la carraca del monaguillo, las golosinas y el viaje de las campanas. Muchas veces miraba sencillamente por entre las aberturas del campanario, para ver si se hallaba desocupado el sitio. Muchísimas, dudando de la aserción de mi abuela, preguntaba al sacristán, al campanero, á la pobre que dá el agua bendita, á donde iban las campanas el Jueves Santo, y todos me respondieron: «Van á Roma.»

Un día, bien lo recuerdo, fué el cura del pueblo á visitar á mi abuela: «Señor cura, le dije con el aire mas malicioso é incrédulo, ¿es cierto que nuestras campanas...?»

Sonriose el buen sacerdote, y «Sí, hijo mío, me respondió, nuestras campanas estan en Roma.»

Bastante tiempo despues, cuando he podido comprender bien otras tradiciones populares, he tratado de penetrar el origen y el sentido de esta: y en parte alguna he podido ir mas allá de lo que me había enseñado mi abuela.

Bien que, se comprende en tan pocas partes lo que es una campana... y mucho menos en el bullicio de las grandes poblaciones.

En el fondo de los valles, en las aldeas, late sin cesar la campana, como la arteria en el corazón del hombre; saluda al sol, cuando llega y cuando desaparece; gozosa y viva, sofoca los primeros ayes de los recién nacidos; lenta y lúgubre, alterna con los últimos suspiros del agonizante; marca á los campesinos la hora del trabajo y el momento del reposo; en todas partes nos habla, en todas nos acompaña, en todas, y siempre se la oye.

De súbito, un día, calla; falta en un momento á las armonías de la naturaleza, esa nota vibrante que las domina y vivifica, y todo se torna silencioso como la tumba, lúgubre como la fiesta que celebra la iglesia; en lugar de la campana de la mañana, canta solo el gallo, el gallo á cuya voz negó Pedro á Jesucristo; en vez de la campana de la tarde, resuena únicamente en los aires el grito siniestro del pájaro de los sepulcros, eco de las últimas palabras del Salvador espirante: «Eli, Eli, lama sabacthani?»

Las campanas callan; todas guardan silencio, y desde que el Señor vá á morir, órganos de la palabra divina, van todas juntas en peregrinación por el Salvador.

Las campanas van á Roma.

Venid, venid conmigo á la vista del templo... Las campanas se estremecen, los lazos que las sujetan, se deshacen por sí mismos, las paredes las abren paso, parten... ¡Oh! partamos con ellas, tomemos asiento en ese nuevo vehículo, vamos y que nos proteja Dios.

El templo se vé ya muy distante, mas allá la población, mas allá la tierra; hénos aquí en medio del espacio, siempre elevándonos hacia esa bóveda inmensa, que también se eleva sin cesar; solos en medio del silencio. ¡Oh! ¡cuán precipitada es nuestra carrera! La luz, el pensamiento, no pueden lanzarse mas rápidos; y allá abajo, bajo nuestros pies, corren las ciudades como espantadas á ocultarse detrás del horizonte.

Ved por todas partes esos puntos negros que abandonan la tierra como una nube de pájaros, que se agrandan conforme se nos van aproximando. Su número es infinito; la tierra ha desaparecido bajo sus filas apiñadas y sombrías... ¡las campanas! ¡todas las campanas!

Estas, pesadas y magestuosas como el águila de inmensas alas, ó como la roca de nuestras consejas; aquellas, frágiles, endebles como la alondra ó el reyezuelo. ¡Oh! las campanas grandes de las populosas ciudades, las argentinas de los domicilios, las de hierro de las aldeas, las viejas de los concejos enverdecidas por óxido, y los campanarios armoniosos de las ciudades flamencas! ¡Y las de mi aldea! bien las reconozco... ¡Cuál recuerdo á su vista á mi abuela, sus golosinas y la carraca del monaguillo!...

Y toda aquella inmensa emigración de metal vuela sin vacilar al mismo objeto... ¡Rosna! A cada instante se aumenta el número, las filas se multiplican, y el sol des-

ciende las alturas, la tierra se oscurece, la luz permanece un instante aun en el espacio, despues se apaga. Únicamente el silbido del aire es el que nos indica que siempre vamos corriendo.

Sucédese por último un choque terrible..., nos detenemos; Roma está allí: y allegadas de los puntos todos del globo se encuentran todas las campanas cristianas en el propio instante, se chocan, se aglomeran y forman por cima de la ciudad santa y de las nubes, una pirámide incommensurable cuya cúspide toca en el firmamento.

Y allí, escuchan reverentes las lúgubres letanías; y, despues, fieles y rápidas emisarias, tórnanse á su lugar, anuncian con súbitos clamoreos á los fieles el día grande de la Resurrección.



FABULA.

EL PERRO Y EL GATO.

Sobre el hogar un gato saboreaba
Un trozo de jamon que habia cogido,
Y un perro desde abajo le ladraba:
Cayó parte de aquel; cesa el ladrado,
Porque el perro en la presa el diente clava.

¡A cuántos como el perro he conocido,
Que dándole al gobierno ataques rudos,
Un cacho de turron les dejó mudos!

Pascual Fernandez Baesa.

BOLETIN LITERARIO.

MANUAL DE BOTANICA PARA USO DE LAS PERSONAS que se dedican al estudio de la botánica de ampliación, y de la organografía y fisiología vegetal; por D. Manuel Gonzalez de Jonte.

Esta obra constará de un tomo en 8.º marquilla, y se repartirá en tres entregas, siendo el precio de cada una 7 rs. en Madrid y 8 en las provincias, que se abonarán á su recibo, sin hacer anticipo alguno; advirtiéndose, que concluida que sea la publicación se venderá á 24 rs. en rústica y 28 en pasta, en Madrid, y en las provincias con el aumento de 4 rs. respectivamente.

Se suscribe en Madrid en la imprenta y librería de D. Ramon Matute, calle de Carretas, núm. 8, y en las principales librerías de las provincias.

Se han publicado juntas la primera entrega y parte de la segunda, y á juzgar por su contenido, no podemos menos de recomendar este útil libro á cuantos se dediquen al estudio de la botánica, materia de que tan poco original se escribe entre nosotros.

HISTORIA MILITAR Y POLITICA DE D. RAMON MARIA NARVAEZ.

Condiciones de la suscripción.—Esta obra se publica por entregas de 16 páginas, en cuarto mayor, papel magnífico, y tipos alegantes.

Cada entrega, con una linda cubierta de color, costará dos rs. en Madrid, y dos y medio en provincias, franco de

porte. En provincias, extranjero y Ultramar no puede hacerse la suscripción por menos de seis entregas.

Las dos primeras entregas se han publicado ya.

A los señores suscritores que adelanten el importe de diez entregas, se les dará gratis el retrato del general Narvaez.

Puntos de suscripción.—Madrid, en las librerías de Boix, Puerta del Sol, núm. 4; Cuesta, calle Mayor; Gaspar y Roig, del Príncipe; Monier, Carrera de S. Gerónimo, y en casa de los Sres. Alvarez y compañía, editores, calle de Jacometrezo, núm. 84, á cuyo punto se dirigirán todos los pedidos.

En provincias se admiten suscripciones en casa de los corresponsales de los señores Alvarez y compañía, que los tienen en todos los puntos de la Península de alguna importancia, en las principales librerías y administraciones de correos.

AVISO.

Se va á proceder á la reimpression de los núms. 1.º y 2.º, agotados desde el 15 de este mes: tan pronto como esten corrientes, se remitirán á los suscritores, que de ellos carecen.